

JOSÉ LUIS MARTÍN RAMOS

EL FRENTE POPULAR

Victoria y derrota de la democracia en España

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Preámbulo</i>	7
I. Razón y nacimiento del Frente Popular en Europa	13
II. La República reformadora	47
III. Del antifascismo al Frente Popular	85
IV. La victoria de la democracia	131
V. Asalto a la República	175
VI. Frente a la sublevación, revolución popular	213
<i>Notas</i>	279
<i>Bibliografía</i>	311
<i>Índice alfabético</i>	317

I

RAZÓN Y NACIMIENTO DEL FRENTE POPULAR EN EUROPA

EL FIN DE LAS ILUSIONES

La depresión de los años treinta del siglo xx modificó el escenario político europeo en términos inesperados para sus principales actores. Las políticas deflacionistas, aplicadas por todos los gobiernos sin excepción, convirtieron la crisis de 1929 en una prolongada depresión económica que truncó la ola de optimismo de los últimos años veinte. La crisis y el decenio deflacionista trastocaron todos los proyectos políticos dominantes hasta entonces en Europa. Ya fueran los de la derecha tradicional, cuya condición de garante del orden quedó en entredicho, o los de las nuevas políticas reformistas o revolucionarias, que postulaban, de manera antagónica, la evolución del sistema por la vía democrático-parlamentaria, o su caída inmediata mediante el derribo insurreccional. El reformismo tuvo su gran baza en la extensión del sufragio universal en condiciones de igualdad entre mujeres y hombres,¹ que se produjo al acabar la guerra.² Extensión resultante primero del compromiso contraído por los gobiernos beligerantes para mantener la unidad nacional ante la masacre y seguir en el esfuerzo y empeño de la guerra; y después de la respuesta a la alternativa revolucionaria iniciada en Rusia en 1917 y que amenazó por difundirse por Europa entre 1918 y 1919. La baza de la revolución fue la expectativa de esa difusión, primero en Alemania a partir de noviembre de 1918, y acto seguido en los territorios del Imperio Austro-Húngaro, en proceso de extinción, en particular en Austria y Hungría, aunque sería más propio decir en Viena y Budapest; a la espera de que el triunfo de un nuevo 1848, esta vez proletario y rojo, acabara contagiando los centros históricos del capitalismo y la sociedad burguesa, Francia y Gran Bretaña. Era la expectativa de la «revolución mundial», concebida como única salida lógica y definitiva a la quiebra del liberalismo bur-

gués que había constituido la contienda de 1914-1918. Contra la reforma y la revolución, y con la voluntad de ser la fuerza reconstructora del sistema, nació y alcanzó el poder en Italia una nueva derecha no burguesa sino nacional, el fascismo italiano, un fenómeno nuevo que tardó en ser comprendido por sus contrarios, debido a su condición de novedad, su oportunismo táctico y la soledad en la que se desarrolló como realidad de Estado hasta la década de los treinta.³

Después de que durante los dos primeros años de postguerra estuviera en el aire la disyuntiva entre revolución y reforma, la situación se decantó finalmente en favor de la última. Ya resultó significativo que el desenlace de la revolución de noviembre de 1918 en Alemania fuera no la proclamación de una República de Consejos, como la izquierda del socialismo perseguía y el Estado soviético esperaba, sino la constitución de una República democrática. Luego, las insurrecciones de Munich y Budapest, de comienzos de 1919, fueron aplastadas en la primavera por el apoyo conjunto a la contrarrevolución de las clases medias urbanas y el mundo campesino que rodeaba ambas ciudades. Y a falta de una expansión de la onda revolucionaria por Europa central, ni en Francia, ni en Gran Bretaña, ni siquiera en Italia, las movilizaciones obreras traspasaron el umbral de la reivindicación económica. Por el contrario, la universalización del voto dio a la socialdemocracia, vanguardia del reformismo, la opción de alcanzar el gobierno, ni que fuera en coalición, e impulsar desde él la evolución del sistema. Lo consiguió en 1919 en Alemania y Austria, en coalición, en 1924 en Gran Bretaña, en solitario aunque dependiendo del apoyo liberal; apoyó al gobierno radical en Francia, también en 1924 y sin estar en el ejecutivo actuó de hecho como una fuerza gubernamental. Fueron episodios cortos —incluso muy breves como el británico que no llegó al año— no obstante la novedad del acceso al poder, tanto tiempo proclamado como objetivo, y el hecho de que fuera mediante el voto abrió una nueva época para el socialismo.⁴ El abandono del gobierno o de la política gubernamental en Austria, Alemania, Gran Bretaña y Francia, no significó ninguna marcha atrás en esa integración plena en el nuevo sistema político. Un comportamiento que teorizó de manera explícita el Partido Socialista Alemán (SPD), en su congreso de 1925 y fue asumido, en su práctica, por el resto: no exigir desde la oposición más de lo que se había querido impulsar o se estaba dispuesto a hacer desde el gobierno. De alternativos, contrarios al sistema, en cualquier caso de oposición, la mayor parte de los partidos socialistas fueron afirmándose como partidos de gobierno, estuvieran o no en él.

Desde finales de 1920 el Estado soviético tuvo que constatar su aislamiento; la última ilusión revolucionaria en Europa, con los fracasos insurreccionales de septiembre y octubre de 1923 en Bulgaria y Alemania, se desvaneció estrepitosamente. La Internacional Comunista (IC), fundada en 1919 para promover la expansión revolucionaria, quedó a la defensiva, con un discurso retórico de propaganda revolucionaria en Europa, que no estuvo acompañado por ninguna política estratégica real que llevara a la práctica lo que su prensa invocaba. En sus propias palabras, la revolución tendría que esperar una nueva ocasión de crisis general del sistema capitalista y el Estado burgués ya no sería cuestión de meses sino de años; haciendo uso del lenguaje militar aplicado a la política, que se generalizó en todos los ámbitos ideológicos, en 1921 la dirección de la IC dictaminó que había que pasar del asalto al capitalismo al asedio.⁵ La política comunista cayó en el ensimismamiento, y la crisis interna de la URSS, a la muerte de Lenin, se sumó a ello, repercutiendo en los partidos comunistas nacionales (las secciones nacionales de la Internacional) y en la línea general de la propia Internacional Comunista, que no podía evitar verse involucrada en la crisis del Estado fundador. Para cortocircuitar el apoyo de la militancia comunista internacional a la «oposición de izquierdas» en la URSS, promovida por Trotsky, Zinoviev, presidente de la Internacional Comunista y aliado entonces de Stalin y Bujarin, impulsó una línea ultra-revolucionaria, que nada tenía que ver con la realidad de la consolidación burguesa en Europa.⁶ El movimiento comunista en Europa se empecinó en la movilización activista, la agitación; pero dado que su posición en las organizaciones de masas, los sindicatos, era minoritaria, y todavía más su incidencia electoral y parlamentaria, ni siquiera tuvo terreno para desarrollar de manera trascendente esa agitación. La consecuencia fue la caída en picado del comunismo francés y la esterilización del potente comunismo alemán, que se quedó entre Pinto y Valdemoro, sin integrarse en la República de Weimar ni generar ningún nuevo movimiento para su derribo después de octubre de 1923. La tercera sección nacional en importancia de la IC en Europa, la italiana, muy dividida entre su primer secretario general, Amedeo Bordiga, y el núcleo turinés, liderado por Gramsci y Togliatti, que lo sustituyeron en 1924 quedó neutralizada por la dictadura de Mussolini. Paradójicamente, mientras que el comunismo francés y el alemán no aportaron nada nuevo a la práctica y al pensamiento comunista, la aportación de Gramsci y Togliatti, desde la cárcel el primero y desde

el exilio el segundo, habría de ser fundamental en el desarrollo del marxismo político en el siglo xx y de la política del movimiento comunista europeo a partir de la década de los treinta.

Por el contrario, la reactivación económica —que alcanzó también a Alemania tras el pacto internacional de 1924 sobre el pago de las reparaciones de guerra— abonó la opción del reformismo y la democracia parlamentaria.⁷ En la socialdemocracia se generalizó la opinión de que la evolución hacia el socialismo no solo se podía producir en el ámbito político sino también en el económico. Rudolf Hilferding,⁸ alentado por la simultaneidad de la democratización y la expansión económica, elaboró la teoría del «capitalismo organizado» que preconizaba que el mercado, la competencia ciega, ya no regía el sistema, por la creciente intervención de las grandes corporaciones económicas y del Estado; que el sistema capitalista dejaba con ello atrás el mal de sus crisis recurrentes, así como el individualismo del empresario singular, en beneficio de un supuesto valor colectivo de la sociedad anónima. Concluyó que todo el sistema, el político y el económico, estaba avanzando hacia su socialización y que lo que le correspondía a la socialdemocracia era convertirse, desde la oposición y desde el gobierno, en la «dirección consciente» de ese proceso. Con un término y una teorización más débil en el Partido Laborista de la segunda mitad de la década se aludía también al «capitalismo controlado» para dar sentido a su acceso al gobierno.

Pero el capitalismo no estaba ni tan organizado ni tan controlado y la realidad contraria se manifestó de manera dramática con la gran crisis de 1929. Lo peor no fue que el optimismo de los discursos del capitalismo organizado o controlado quedara abruptamente desmentido, sino que la socialdemocracia, salvo excepciones, no fue capaz de ofrecer ninguna alternativa ni al fracaso de sus previsiones teóricas, ni a la gestión liberal, «ortodoxa», de la crisis que la transformó en depresión decenal. Esa gestión partió del dogma de que, siendo la crisis resultado del «sobrecalentamiento» de la economía, lo que procedía era «enfriarla», interviniendo solo para facilitar que el mercado se recuperara por sus propias reglas, y rechazando cualquier impulso expansivo que forzara esa supuesta recuperación natural del sistema; unas políticas expansivas reclamadas solo desde los sindicatos, una minoría de la socialdemocracia, algunos economista liberales más lúcidos como Keynes, más interesados en salvar el sistema que su forma presente,⁹ y la nueva derecha antidemocrática. Lejos de adoptar medidas expansivas, ni que

fueran coyunturales para reducir el paro mediante la promoción de empleo público, lo que se hizo fue reducir drásticamente salarios y sueldos públicos; por otra parte, el descenso de los ingresos fiscales, iniciado con la crisis y proseguido con las medidas de deflación salarial, combinado con el dogma del equilibrio presupuestario, llevó a su vez a la reducción del gasto social, empezando por los subsidios de paro, e incluso a aumentar impuestos.¹⁰ El deflacionismo entró en una espiral que se retroalimentaba, con consecuencias onerosas extraordinarias para quienes dependían de su trabajo y de su salario, los que constituían la base social del reformismo socialdemócrata de entreguerras. Por otra parte, esa errónea respuesta a la crisis estuvo acompañada de una reactivación del nacionalismo, que trascendió no solo en la recuperación de pulsiones proteccionistas, sino también en la primera siembra de una confrontación progresiva que desembocaría en la Segunda Guerra Mundial.

El SPD, sin propuesta alternativa propia y reducido a la conservación de su espacio de poder en el *land* de Prusia,¹¹ que gobernaba desde el nacimiento de la República pero para lo que necesitaba el apoyo del Partido del Centro (*Zentrum*), católico, avaló las políticas deflacionistas impulsadas por el canciller Heinrich Brüning, del *Zentrum*. Limitado en su margen de maniobra por la ortodoxia liberal y la priorización en el gasto público de su incipiente plan de rearme, centrado en la potenciación de la marina de guerra, Brüning bajó los salarios en 1931, primero los de los funcionarios en un 23% y luego de manera general en un 10%,¹² iniciando la espiral deflacionista. La amplia protesta social y política que suscitó le llevó a gobernar por decreto, de manera excepcional, apoyándose en la confianza del presidente de la República, el mariscal Hindenburg, de acuerdo con lo que disponía el artículo 48 de la Constitución de la república, con lo que minimizó la imagen política del organismo clave de la democracia parlamentaria, la cámara de diputados. La política deflacionista hundió el crédito de la democracia y sus instituciones, y el aval que el SPD le dio le llevó al desconcierto y a una creciente pérdida de apoyo social. Esa pérdida fue compensada en la izquierda por el avance comunista, del Partido Comunista de Alemania (KPD), de manera que la suma de votos de ambos en las elecciones de septiembre de 1930 y julio y noviembre de 1932 no movió de los 13 millones de votos;¹³ sin embargo la confrontación mantenida por ambas formaciones durante toda la historia de la república impidió que esa suma aritmética, y si se quiere social, fuera tam-

bién política. Además, con su discurso de ofensiva revolucionaria, el KPD pudo casi equilibrar sus apoyos sociales con el SPD, pero no pudo llegar a capitalizar en términos políticos ni el descrédito del SPD ni el de la república democrática. Quien sí capitalizó el descrédito de la derecha tradicional y el descontento de las clases medias, los asalariados no proletarios, los funcionarios y los campesinos fue la nueva derecha, el Partido Obrero Nacional Socialista (NSDAP) al que Hitler, después del fracaso de la insurrección nazi en Munich de noviembre de 1923, reorientó hacia la conquista del poder por la vía electoral.¹⁴ Desde 1928 adoptó una línea política que puso el énfasis principal en el rechazo al pago de las reparaciones de guerra y las tutelas exteriores impuestas a Alemania y, a partir del inicio de la depresión, se centró en el rechazo de las políticas deflacionistas y la exigencia de un plan expansivo para acabar con la crisis agraria y el paro y, al propio tiempo, capacitar a Alemania para la revancha. La puerta del nacionalismo que entreabrió Brüning fue abierta de par en par por Hitler, que fue sumando los votos de los desencantados del liberalismo, primero, y de pequeños partidos sectoriales y territoriales después, para pasar de 800.000 votos en 1928 a 6,4 millones en 1930 y convertirse, en julio de 1932, con 13,7 millones de votos, en el primer partido del Reichstag. En enero de 1933 dio el gran vuelco a la política europea asumiendo la cancillería y formando un gobierno nacional, de concentración de todas las derechas, que liquidaría en pocos meses la república democrática.

En Francia, el impacto social de la crisis fue menos duro que en Alemania. En parte porque la mayor disponibilidad de reservas de oro le permitió aplazar la aplicación «ortodoxa» de las recetas deflacionistas; y en parte porque, para aliviar la tasa de paro entre los nacionales, el gobierno de centro-derecha presidido por el radical Édouard Herriot, con André Tardieu como ministro de Trabajo, recurrió desde agosto de 1932 a la expulsión de trabajadores extranjeros, so pretexto de la «protección de la mano de obra nacional». Una medida intensificada por los gobiernos de derechas de Pierre-Étienne Flandin y Gaston Laval, de noviembre de 1934 hasta enero de 1935, que produjo entre expulsiones directas y regresos a sus países de origen la repatriación de medio millón de los 2,5 inmigrantes que vivían y trabajaban entonces en la república.¹⁵ Disminuidas las reservas y establecido el recurso de reducir la bolsa de paro a costa de los inmigrantes, Édouard Daladier, sucesor de Herriot en el liderazgo del Partido Radical, inauguró finalmente las medidas deflacionistas, que entre 1933 y 1935 re-

dujeron los salarios nominales en un 28,5%. A final de cuentas el mantenimiento de las políticas deflacionistas hasta la primavera de 1936 prolongó en Francia la depresión y sus consecuencias sociales, introduciendo una etapa de turbulencia social y política, acelerada por el acceso de Hitler al poder, que en Francia no llegó a tener una consecuencia catastrófica para la Tercera República. Algunos pilares de la república aguantaron mejor. Entre ellos la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO)¹⁶ que, en la oposición desde 1926 y no involucrada en la gestión de gobierno, aunque tampoco fuera capaz de presentar una alternativa al deflacionismo, no quedó directamente salpicada por su implicación gubernamental. Por otra parte, la recomposición de la derecha siguió un proceso y dio un espectro resultante dividido que le impidió capitalizar el coste político de la depresión. Tuvo una representación en la deriva autoritaria de Tardieu —figura política de Alianza Democrática, la formación liberal tradicional de la Tercera República— que propuso la sustitución del parlamentarismo por un régimen presidencialista, o de poder ejecutivo «fuerte», y la restricción del sistema de partidos, en el fondo de la pluralidad. Propuesta compartida por una nueva generación de políticos radicales, agrupados bajo la etiqueta de los «jóvenes turcos», que disentían empero del conservadurismo económico y social de Tardieu y se pronunciaban por la alianza con la SFIO; no fue tampoco un grupo homogéneo: mientras que algunos de ellos se situaron en la izquierda del Partido Radical, como Pierre Cot, otros seguirán una evolución opuesta, como Gaston Bergery que derivó hacia la extrema derecha y fue colaborador del régimen de Vichy. La recomposición de la derecha se aceleró con el auge de las movilizaciones antirrepublicanas de 1933 encabezadas por Acción Francesa, de Charles Maurras, y el movimiento de las *Croix du Feu*, fundado por el coronel La Rocque; este último lo convirtió en la primavera de 1936 en el Partido Social Francés,¹⁷ con una gran base militante enraizada en el catolicismo popular antirrepublicano, pero lastrado por las limitaciones de su fundador. Sin embargo esos procesos diferentes no se encontraron. A diferencia de Alemania, en Francia la recomposición de la derecha no se tradujo en una nueva formación organizativa, que compitiera por sí misma por la conquista del poder, sino en la deriva del discurso político de sus diversos integrantes hacia la crítica al pluralismo y la adhesión a las soluciones autoritarias o totalitarias; y de manera congruente hacia la basculación de las prioridades de la política exterior en favor de la alianza con Italia



o de un entendimiento con Alemania. Una deriva que afectó a partidos y personalidades diversas del centro-derecha y la derecha republicanas y tuvo como principales protagonistas a Laval, que emigró del socialismo hacia la derecha pro-fascista,¹⁸ Flandin, de la Alianza Democrática y al radical y antisemita descarado Georges Bonnet. Su división les impidió dar el jaque a la democracia parlamentaria, que caería más tarde como consecuencia de la derrota de junio de 1940 y la emergencia del mariscal Philippe Pétain, administrador de la derrota y amalgamador de las diversas facciones de la derecha tradicional o fastiscizante.